



Tormenta de hielo



Anne
Stuart

Prólogo

Antes

Mary Isobel Curwen nunca le había disparado a un hombre. Estaba de pie, inmóvil, aturdida. Nunca había abierto fuego con una pistola, y la sensación de tenerla en la mano le provocaba escalofríos. La mano y el brazo le vibraron con el retroceso y pudo oler la cordita y la sangre. No quiso mirarlo, yaciendo inerte en el suelo, y por nada del mundo se habría acercado a ver lo que había hecho.

¿Le había metido una bala en la cabeza? ¿En el pecho? ¿Estaba muerto o sólo herido? Debería comprobarlo... Había tenido buenas razones para dispararle, pero no podía dejar que un hombre se desangrara hasta la muerte, aunque él hubiera intentado matarla.

O quizá sí podía hacerlo. Quizá podría soltar el arma y echar a correr lo más rápido posible, antes de que él se levantara y se lanzara en su persecución, o

antes de que uno de sus amigos acudiera alertado por el ruido.

Quizá podría llevarse el arma con ella, por si acaso. Aún tenía la mochila colgada al hombro. Metió la pesada pistola en ella, notando que le temblaban las manos. Era lógico. Acababa de matar a un hombre.

Su víctima seguía inmóvil, y un charco de sangre empezaba a extenderse bajo su cuerpo. Estaba definitivamente muerto. Y ella... ¿cómo iba a vivir sin él?

Había empezado a llover unas horas antes. Las calles estaban mojadas y las luces se reflejaban en el pavimento mientras se adentraba en la noche, después de haber cerrado la puerta del almacén abandonado sin hacer ruido. Pensó en quitarse las sandalias sueltas que llevaba, pero no podía correr descalza en medio de una ciudad. Llevaba una pistola en la mochila y el hombre al que amaba yacía muerto. No podía arriesgarse a llamar la atención.

Se echó hacia atrás los cabellos despeinados e intentó recogerse los. Irguió los hombros y echó a andar bajo la lluvia, tranquila y serena, ahogando el grito en lo más profundo de su garganta. Cuando encontraran el cuerpo ella ya habría desaparecido, y no habría modo de relacionar a Mary Isobel Curwen con un terrorista muerto en los muelles de Marsella. Nadie lo sabría jamás. Sólo ella. Y tendría que vivir con aquel secreto, igual que había aprendido a vivir con todo lo demás.

Killian había muerto. Larga vida a Mary Isobel Curwen.

Sin él.

1

Ahora

Madame Isobel Lambert estaba agotada después de un largo fin de semana en Lake District. Había jugado con los revoltosos hijos de sus anfitriones, había dado largos paseos, había comido hasta saciarse, había bebido demasiado vino tinto, había luchado con su conciencia y había matado a dos hombres. Todo sin fumarse un cigarrillo. No era para estar precisamente animada.

Los hombres se habían merecido morir, de eso no había duda. Manuel Kupersmith y Jorge Sullivan, traficantes de droga con un gusto especial por la tortura y el terrorismo, eran lo peor de su calaña, y con ellos no servía la justicia tradicional. Si hubiera tenido que hacerlo, les habría metido una bala a cada uno en sus retorcidos cerebros. Pero le bastó con sabotear su coche. Mientras ella pasaba el fin de semana con un miembro del parlamento y su jo-

ven familia, le resultó bastante fácil colarse en el garaje de la pensión mientras los dos hombres estaban en la cama. Sabía mucho de coches, y si sus cálculos eran correctos, los frenos fallarían en la empinada curva sobre el acantilado Lohan. Si los frenos fallaban demasiado pronto, el coche podría atropellar a un peatón; si fallaban demasiado tarde, podrían chocar contra un coche en el pueblo vecino. Isobel no quería provocar daños colaterales, pero valía la pena correr el riesgo.

Al final, todo salió a la perfección. Cuando sus anfitriones la llevaban a la estación de tren en Lohan Downs, pasaron junto a los coches de policía y el tramo acordonado de carretera. Su anfitrión hizo algunos comentarios sobre la seguridad vial e Isobel se permitió un silencioso suspiro de alivio.

Se había llevado el *Sunday Times* para el viaje en tren de vuelta a Londres, y acabó el crucigrama en un tiempo récord. Su piso en Bloomsbury la recibió con un silencio sepulcral. Se despojó de la ropa y se fue directamente hacia la ducha, tan serena e impasible como siempre, ignorando el temblor de sus manos.

Esperó a que el agua se hubiera calentado antes de colocarse bajo el chorro. Y sólo entonces se echó a llorar. Un llanto silencioso y sosegado, no por los hombres muertos, sino por su propia alma perdida.

Peter Madsen levantó la mirada cuando madame Lambert entró en la oficina a la mañana siguiente con un vaso de café en una mano y un periódico bajo el brazo. El mismo periódico que Peter estaba leyendo en ese momento.

—Es una lástima lo de ese accidente cerca del acantilado Lohan —dijo, mirándola con sus penetrantes ojos azules.

—Y tanto que sí —repuso ella con la misma tranquilidad. Peter hubiera podido encargarse de ello, pero se había retirado de esa clase de trabajo. Todo el mundo tenía sus límites con el trabajo sucio; o acababan quemados o empezaban a cometer demasiados fallos. Peter era carne de oficina, no por culpa de su pierna lesionada, sino porque había visto y hecho demasiado. Su única ambición ahora era llevar lo más parecido a una vida normal junto a su esposa americana, e Isobel no haría nada por intentar cambiarlo.

Pero se estaba quedando sin gente en la que poder confiar. En los tres años transcurridos desde que ocupara el lugar de Harry Thomason como jefa del Comité había perdido a tres hombres muy eficientes. Bastien había desaparecido en las montañas de Carolina del Norte con su mujer y sus hijos, Peter se había retirado del servicio activo, y Takashi O'Brien alternaba su tiempo entre Tokio y Los Angeles. Aún se podía contar con él para hacer lo que fuera necesario, pero Isobel no era la clase de mujer que les encargara a otras personas las cosas que ella nunca haría. Y Takashi también había iniciado una nueva vida; no necesitaba mancharse las manos de sangre.

Morrison en Alemania y MacGowan en Centroamérica seguían en activo, y la misión tailandesa estaba casi completada. El primo de Takashi, Hiromasa Shinoda, llegaría a la ciudad en cualquier momento, y si era la mitad de bueno de lo que decía Takashi sería una ayuda muy valiosa. Pero pasaría un tiempo hasta que se le pudieran asignar misiones en solita-

rio, e Isobel no sabía a quién podía encomendarle su entrenamiento.

Odiaba no tener las cosas claras.

—Pareces nerviosa —observó Peter con voz fría y desprovista de toda simpatía; justo lo que ella necesitaba.

—Estoy bien. ¿Alguna noticia del primo de Taka?

—Aún no. Has recibido varias llamadas.

Algo en su tono de voz hizo que a Isobel se le formara un nudo de aprensión en el estómago.

—Harry Thomason, supongo —dijo, mirándolo con el rostro imperturbable.

—Entre otros.

Sólo estaban ellos dos en las oficinas de Spence-Pierce Financial Consultants, Ltd, la tapadera del Comité en Kensington. Cualquiera que consiguiera contactar con ellos debía tener una buena razón para hacerlo. Los asuntos más triviales se llevaban a cabo desde lejos.

Isobel se sentó en el sillón de cuero frente al escritorio de Peter y cruzó las piernas. Tenía unas buenas piernas para una mujer de sesenta años. Incluso para una mujer de cuarenta. Y no estaba mal para alguien de su edad real.

—Puedes contármelo —dijo, tomando un sorbo de café—. Que yo sepa, nunca te has mostrado especialmente sensible a mis cambios de humor.

Peter se echó a reír, algo a lo que Isobel empezaba a acostumbrarse lentamente. Habían pasado más de diez años desde que lo conociera hasta que lo oyó reírse por primera vez.

—La sensibilidad nunca ha sido mi fuerte —dijo—. Thomason quiere saber lo que vas a hacer con Serafín.

—Thomason puede irse al infierno —respondió ella dulcemente—. ¿A quién tenemos para liquidarlo?

—A nadie. Bastien hizo algo del trabajo preliminar y yo también. La situación se ha estabilizado y hay cosas más importantes de las que ocuparse.

—Serafin el Carnicero —dijo ella. Parecía que las cosas iban de mal en peor—. Creía que se había desvanecido al igual que Qaddafi.

—Ya ves que no. Sólo los buenos mueren jóvenes, y Josef Serafín no entra en esa categoría.

Isobel miró hacia su despacho, deseando encerrarse allí y apoyar la cabeza en su inmenso escritorio de teca. Y quizá aporrearlo unas cuantas veces. Pero Peter la estaba observando, leyéndole el pensamiento. Era lo malo de trabajar con alguien como él... Era lo bastante listo e intuitivo para saber lo que pensaba en todo momento.

—Ponme al corriente —le pidió ella—. Dime que vamos a conseguir acabar con él. Por favor.

—Me temo que no puedo hacerlo. Vamos a tener que salvar a ese hijo de perra.

—Odio este trabajo —dijo Isobel, recostándose en el sillón y cerrando los ojos un momento mientras aferraba con fuerza el vaso. Peter podría ver el menor temblor de su mano—. Detalles. Quiero saberlo todo sobre Serafín y por qué tenemos que mantenerlo con vida. Encontraré la manera de liquidarlo.

—Lo dudo. Ni siquiera Bastien logró hacerlo cuando se le ordenó.

—Lo había olvidado... Dame los detalles —volvió a pedirle con voz cansina.

—Josef Serafín, cuarenta y pocos años. Nadie sabe dónde nació... posiblemente en alguna chabola

de Sudamérica. Su primera aparición fue a finales de los ochenta, en una operación de contrabando de armas en el Congo. A partir de ahí se dedicó a ampliar horizontes. Tomó parte en un cartel de Colombia, se libró por los pelos de la gran redada en Cartagena y empezó a contratar sus servicios como asesino. Trabajó para Sendero Luminoso en Perú, para las Brigadas Rojas en Italia y estuvo también en Croacia, Somalia y Corea del Norte. No ha habido un solo lugar conflictivo en el mundo que no haya pisado. Más tarde cambió el crimen por la política y se convirtió en la mano derecha de tres de los más despiadados dictadores de la historia moderna. Consiguió escapar ileso justo antes de que fueran derrocados, y durante los últimos cinco años ha estado trabajando en África, llevando a cabo limpiezas étnicas y purgas políticas.

—Un encanto de hombre —murmuró Isobel—. ¿Y se supone que tenemos que salvarlo?

Peter no se molestó en responder a la pregunta.

—Actualmente se encuentra escondido en alguna parte de Marruecos, pero no sabemos hasta cuándo podrá durar. Se ha ganado más enemigos que Bin Laden. La última persona para la que trabajó fue Fouad Assawi, pero éste fue asesinado. El mayor peligro es Vladimir Busanovich. La última vez que Serafín trabajó para él la fastidió. Por lo visto, algo salió mal en la última ronda de ejecuciones y trescientos enemigos de Busanovich escaparon en las mismas narices de Serafín. Busanovich no es un hombre muy tolerante.

—¿Y tenemos que salvar a Serafín porque...?

—Porque sabe todo lo que hay que saber sobre los mayores terroristas del mundo y está dispuesto a

canjear esa información por un billete que lo saque de Marruecos. Ahí es donde entramos nosotros.

Isobel titubeó un momento. Siempre podría negarse. Al fin y al cabo era la jefa del Comité y tenía la última palabra. Las órdenes eran dictadas por un misterioso grupo de ancianos en la sombra, el verdadero «comité», al que se había unido Harry Thomason, el azote y antiguo jefe de Isobel. A ella le gustaría culparlo de aquella situación, pero Thomason siempre había estado dispuesto a eliminar a cualquiera con el menor pretexto, y hacía tiempo que alguien tendría que haber liquidado a Serafín. El mismo Thomason había ordenado que se eliminara a Serafín media docena de veces, pero nadie, ni siquiera Sebastián ni Peter, había podido acercarse a él.

Hasta ahora. Todo el mundo cometía errores, y Serafín no estaría pidiendo asilo si no hubiera jorobado sus órdenes letales.

—¿Cuál es el plan? —preguntó, apartándose su perfecto cabello rubio del rostro—. Y no me digas que no tienes ningún plan... Te conozco demasiado bien. ¿A quién vamos a enviar? Estamos faltos de personal, y Genevieve me cortaría la cabeza si se me ocurriera mandarte a ti.

Peter volvió a sorprenderla con otra de sus escasas e inesperadas sonrisas.

—Y después cortaría la mía. He pensado en Taka, pero aún está ocupándose de ese asunto de los cultos en Japón. Además, no nos han dado elección.

Isobel arqueó una ceja, expectante.

—Quieren que vayas tú —dijo Peter—. Es una orden directa. Tienes que ir a Marruecos, contactar con Serafín, sacarlo de allí y traerlo a Londres.

—¿Y después?

Peter se encogió de hombros.

—Tiene un montón de millones ahorrados en alguna cuenta internacional. Se ha pasado los últimos veinte años ofreciendo sus servicios al mejor postor... Una vez que nos haya facilitado la información, podrá desaparecer sin problemas. Con nuestra ayuda —añadió, sin que pareciera hacerle mucha gracia. Isobel se sentía igual.

—Quizá podría sufrir un pequeño accidente una vez que nos haya dado la información —dijo ella—. Los accidentes ocurren...

—Sí, ocurren muy a menudo —corroboró Peter—. Puedo encargarme de ello, si quieres.

Isobel evitó su mirada. «Nunca hagas hacer a los demás lo que no estés dispuesta a hacer tú misma».

—Primero vamos a ver si podemos traerlo vivo. ¿Sabemos qué aspecto tiene?

—Tenemos algunas fotos de su estancia en Bosnia, hace ocho años, pero no muestran mucho. Tan sólo a un hombre alto con barba y gafas de sol. También contamos con un par de descripciones recientes de gente que escapó a la carnicería. Lo reuniré todo y veremos qué podemos sacar.

—Tú y tus malditos ordenadores —dijo Isobel. Desde que se retirara del servicio activo, Peter se pasaba el tiempo jugando con los últimos adelantos tecnológicos—. A ver qué puedes conseguir.

—¿Cuánto tiempo hace que nos conocemos?

La inesperada pregunta de Peter casi hizo que Isobel bajara la guardia.

—Casi diez años. ¿Por qué?

—Pareces cansada.

—¿Insinúas que aparento la edad que tengo? —preguntó ella.

—No sé cuál es tu edad —respondió él—. Podrías tener cuarenta o sesenta años.

—O veinte u ochenta —repuso ella—. Me cuido muy bien, y he tenido a los mejores cirujanos plásticos. ¿Por qué lo preguntas?

—Porque tarde o temprano se hace demasiado difícil seguir. Los dos lo sabemos. Y me gustaría que me avisaras con tiempo si vas a quemarte.

—¿Crees que soy demasiado mayor para este trabajo? Si tan impaciente estás porque me retire, te lo haré saber con antelación cuando considere esa posibilidad. De momento, aún me quedan muchos años en esto.

—Bastien se retiró antes de llegar a los cuarenta.

—Cierto. Y supongo que si no fuera por mí tú también te habrías retirado hace tiempo, ¿verdad?

—He visto lo que ese trabajo les hace a las personas. Las convierte en monstruos como Thomason, o las consume como...

—Como a mí.

—Como a Bastien. Como a mí. Como a ti.

Isobel se levantó con su elegancia habitual.

—Te diré lo que puedes hacer, Peter. Encuéntrame un sustituto que tenga conciencia, búscate otro para ti, y entonces me retiraré.

—No se puede hacer este trabajo y tener conciencia.

—Es difícil. Pero la conciencia es nuestra única tabla de salvación. Sin ella nos convertiríamos en otro Thomason, vengándonos de nuestros amigos tanto como de nuestros enemigos —se dirigió hacia su despacho—. Encuéntrame al mejor hombre que puedas para Serafín.

—Ya he descargado los archivos en tu ordenador —dijo él, y guardó un breve silencio—. Podría ir yo.

—No —rechazó ella tajantemente.

—¿Y el primo de Taka, si alguna vez aparece?

—Taka nos mataría. Enviar a alguien al norte de África en busca de Serafín no es precisamente un juego de niños. Sería como meter a un cordero en la guarida del lobo. Aunque no creo que ningún pariente de Taka se asemeje a un cordero...

—Bastien...

—No metas a Bastien en esto. ¿Crees que no puedo ocuparme yo? —lo preguntó en tono ligeramente burlón, pero no consiguió arrancarle una sonrisa a Peter.

—Puedes ocuparte de cualquier cosa, Isobel. Pero no sé si quieres hacerlo. Has cambiado.

Ella parpadeó un par de veces.

—Lo dudo. Sigo siendo la misma profesional con la misma sangre fría de siempre. Eres tú el que ve las cosas de otro modo desde que te sedujo el amor verdadero.

Peter no se molestó en responder. Se limitó a arquear una ceja e Isobel no quiso discutir. ¿Para qué malgastar el aliento con mentiras? En algún momento de los últimos cinco años, su coraza había empezado a resquebrajarse. Su fortaleza se había reducido a una tenue apariencia bajo la que empezaban a agitarse un cúmulo de aciagas emociones. La Reina de Hielo comenzaba a mostrar signos de flaqueza.

Pero no iba a discutir. Iba a hacer lo que tenía que hacer.

—¿Cuánto tiempo tenemos?

—No mucho —respondió él—. Mucha gente quiere la cabeza de Serafín. Cuando antes lo tengamos, mejor.

Ella asintió con firmeza.

—Saldré mañana.

—Puedes esperar unos días...

—Unos días no supondrán la menor diferencia —dijo ella. Ni siquiera unos cuantos años. Tenía que mantenerse activa. Si permanecía quieta durante mucho tiempo empezaría a pensar, a sentir, y entonces más le valdría estar muerta—. Mañana.

Peter la miró por un largo rato, y finalmente asintió.

—Me encargaré de prepararlo todo.

Isobel cerró la puerta de su despacho, se derrumbó en el sillón de piel y cerró los ojos. Necesitaba un cigarrillo más que el aire que respiraba, lo que le pareció irónico. No iba a dejar el tabaco para prolongar su vida... En su profesión no tenía que preocuparse por la longevidad.

No le gustaba la sensación de debilidad ni necesidad. Se inclinó hacia delante y consultó los archivos que Peter le había descargado en el ordenador. Una foto granulada de Josef Serafín apareció en el monitor. Peter se había empleado a fondo para limpiar la imagen y hacerla más nítida, y de repente Isobel entornó la mirada. Se acercó a la pantalla y sintió cómo el corazón le daba un vuelco.

—Killian —susurró, y la oscuridad se cernió sobre ella.

2

Antes

Había sido una chica salvaje, con una melena desgreñada de rizos rojizos, un carácter obstinado, un corazón apasionado y un alma inocente. A los diecinueve años había metido sus pertenencias en una mochila, había tomado un vuelo barato hasta Londres y allí se dispuso a hacer autostop para llegar al Cordon Bleu, la famosa escuela de cocina de París.

En Vermont no dejaba a nadie por quien preocuparse. Su madre había muerto muy joven y su padre tenía una nueva familia. Mary Isobel Curwen no era más que el recuerdo de otra vida. No pertenecía a ellos.

No era una chica imprudente, tan sólo una ignorante. Si no hubiera decidido recorrer Inglaterra haciendo autostop antes de que empezaran las clases, si hubiera esperado para irse con sus amigas, si hubiera

tenido el suficiente sentido común para no meterse en los barrios bajos de Plymouth en mitad de la noche... Si, si, si. Sólo ahora que era más vieja y sabia podía verlo en perspectiva.

Aquella noche no se había percatado de que alguien la estaba siguiendo. Un grupo de silenciosos depredadores, moviéndose en la oscuridad como una manada de lobos hambrientos. Cuando finalmente se dio cuenta de que no estaba sola ya era demasiado tarde. Había arrastrado a la escoria al salir del pub, y se había alejado demasiado del albergue juvenil donde había dejado sus cosas. Oyó el roce de una bota contra el suelo, una risa ahogada, y un terror glacial se apoderó de ella. Llegó al final de la calle y torció a la izquierda con la intención de ocultarse en las sombras. Pero entonces descubrió que era un callejón sin salida, iluminado por la luna llena de agosto.

Y allí la atraparon. Un puñado de jóvenes, algunos de ellos incluso más jóvenes que ella, pero en absoluto inofensivos. Le cortaron la salida y un millar de pensamientos escalofrantes le pasaron por la cabeza. Si desaparecía, nadie la echaría en falta. Su padre ya la había olvidado, y aunque sus amigas en Vermont podrían preocuparse, sería demasiado tarde para recibir cualquier tipo de ayuda.

Nadie iba a salvarla. Nadie la echaría de menos. Estaba sola e iba a morir o a quedar gravemente herida.

—No tengo dinero —dijo, intentando mostrar una tranquilidad que no sentía.

—No queremos tu dinero —respondió uno de ellos mientras avanzaban hacia ella—. ¿Quién quiere ser el primero?

—Yo —dijo uno de los más jóvenes, un chaval

flacucho con dientes picados y una expresión feroz en los ojos, llevándose las manos al cinturón.

Isobel abrió la boca para gritar, pero al segundo siguiente todos estaban sobre ella, tirándola al suelo lleno de porquería, clavándole sus manazas, aprisionándola con sus cuerpos. Por mucho que intentó debatirse, patear y golpear, nada pudo hacer para liberarse. Sintió algo cortante en el cuello y el joven le sonrió con lascivia.

—No me importaría rajarte el cuello. Si quieres desangrarte mientras te penetro, a mí me da igual.

—Por favor —susurró ella con voz agónica, sintiendo la hoja contra la piel. Unas manos le tiraron de los vaqueros y pateó con fuerza. Su pie impactó con algo, y a juzgar por el grito de dolor, debió de resultar muy doloroso.

El chico que estaba sentado a horcajadas sobre ella se dio la vuelta y gruñó como un perro rabioso, y por un momento la presión del cuchillo se aligeró. Isobel le golpeó la cabeza con la suya, se lo quitó de encima e intentó levantarse. Pero eran demasiadas manos, demasiados cuerpos, y sabía que no tenía escapatoria.

—Apartaos de ella.

La voz era fría y con acento americano, y tan amenazadora que el grupo de adolescentes se detuvo al instante.

El chico que la aprisionaba se apartó de ella y escudriñó las sombras.

—No seas idiota... Somos siete contra uno. Lárgate si no quieres recibir tú también.

—Apartaos de ella —volvió a decir la voz—. O será peor para todos vosotros.

—¿Y qué vas a hacer tú?

La escena que siguió fue frenética y difusa, como si transcurriera en un sueño. Hubo un destello de luz y el chico salió volando hacia atrás, como si lo hubieran levantado unas manos invisibles. Un momento después se oyó un disparo y todos salieron corriendo, desapareciendo en las sombras, y todo quedó en silencio.

—¿Estás bien? —le preguntó el hombre, surgiendo de la oscuridad. A la luz de la luna parecía muy normal. Alto, con vaqueros y camiseta, unos cinco años mayor que ella. No era el tipo para asustar a una panda de violadores. Pero los había hecho huir a todos. La había salvado... Era uno de los buenos.

Le tendió una mano, pero por un momento Isobel quiso apartarse de él. Estaba siendo una estúpida y aceptó su mano para permitir que tirara de ella y la pusiera en pie.

—¿Estás bien? —volvió a preguntarle.

—Sí —mintió—. ¿Cómo has podido hacerlos huir?

Era más alto que ella, delgado y de aspecto inofensivo.

—El petardeo de un coche —respondió él tranquilamente—. Debieron de pensar que tenía una pistola.

Aún la tenía sujeta por la mano y ella la retiró de un tirón, repentinamente nerviosa.

—No voy a hacerte daño —le aseguró él, ladeando la cabeza para mirarla. Llevaba unas gafas que le daban un aire intelectual—. ¿Seguro que estás bien? Creo que debería llevarte a un hospital.

—Estoy bien —respondió ella con más firmeza—. Sólo necesito volver al albergue.

—¿El albergue de Market Street? Te llevaré en mi coche.

Ella lo miró fijamente.

—¿De verdad piensas que voy a subirme al coche de un extraño por inofensivo que parezca, justo después de haber estado a punto de ser violada y asesinada? ¿Tan tonta crees que soy?

—¿Parezco inofensivo? —preguntó él en tono ligeramente divertido—. Supongo que lo soy. Pero al menos he conseguido hacerlos huir. Y no sé si serás tonta o no, pero es una completa estupidez pasear sola de noche por esta parte de la ciudad. Te guste o no, no voy a dejarte hasta que estés a salvo en tu albergue, con las puertas cerradas con llave.

—No echan la llave en el albergue.

Él la miró en silencio. A la débil luz de la luna Isobel no podía distinguir sus rasgos. Tan sólo veía a una figura alta y delgada, casi raquítica, con el pelo largo y gafas con montura de alambre. Inofensivo. Isobel conocía bien a las personas y sabía que no corría ningún peligro con él, de modo que consiguió esbozar una sonrisa forzada.

—Está bien —accedió—. Puedes llevarme al albergue de Market Street y ahuyentar a los maleantes. O podemos ir andando. No está lejos.

—Si eso es lo que quieres... Y podrías contarme algo de ti. Por ejemplo, por qué no estás sufriendo un ataque de histeria, al haber estado a punto de ser violada y asesinada.

—Soy una persona práctica, y los ataques de histeria no me ayudarán en nada. Esperaré hasta que esté sola.

—No hay mucha intimidación en un albergue juvenil.

Ella volvió a levantar la mirada hacia él.

—Parece que te preocupan mucho mis reacciones.

—Eh, no todos los días se salva a una damisela en apuros. Es normal que me preocupe —su voz sonaba natural y despreocupada, y las luces de la calle se reflejaban en los delgados cristales de sus gafas cuando salieron del callejón.

Isobel se apartó un mechón del rostro.

—No soy una damisela en apuros. Soy una estudiante de camino a Cordon Bleu en París, y puedo cuidar de mí misma.

—Ya veo. Las clases no empiezan hasta dentro de tres semanas. ¿Qué haces viajando sola por Inglaterra?

La inquietud que casi la había abandonado volvió a invadirla.

—¿Cómo sabes cuándo empiezan las clases en Cordon Bleu?

—He vivido varios años en Francia, y estoy a punto de regresar. Estudié en una pequeña academia de arte en París, y quería recorrer un poco el país antes de volver. ¿Cuál es tu excusa?

El miedo se desvaneció por completo.

—Pensaba hacer lo mismo. Me dijeron que era seguro hacer autostop en Europa.

—No cuando se tiene tu aspecto.

Era un simple comentario que no se acercaba ni de lejos a un cumplido, por lo que Isobel no supo cómo responderle. Comprobó asombrada que ya habían llegado al albergue, donde una luz amarilla iluminaba la puerta principal.

—Gracias por tu ayuda —le dijo, tendiéndole la mano.

Él la miró por un momento con una sonrisa sarcástica. A la luz de la puerta Isobel pudo verlo mejor. Llevaba el pelo atado con una cinta de cuero y tenía

un rostro alargado y austero cuyo único rasgo destacable eran sus labios, bonitos y carnosos.

La tomó de la mano e hizo una exagerada reverencia.

—A tu servicio. Mi nombre es Killian, por cierto.

—¿Es tu nombre o tu apellido?

—Elige tú misma. Me llamo Thomas Henry Killian St. Claire, pero el resto no me interesa mucho. ¿Y el tuyo es...?

—Mary.

Él esperó pacientemente, sosteniéndole la mano.

—Mary Isobel Curwen —dijo ella finalmente, retirando la mano.

—Bien, Mary Isobel Curwen. Ha sido un honor poder servirte. Y si quieres que te lleve a Francia, avísame.

—No lo creo. Me las puedo arreglar yo sola.

—Desde luego. Estaré en el ferry mañana por la mañana. Tengo un Citroën abollado de color naranja. Si quieres que te lleve, sólo tienes que aparecer. No habrá ningún compromiso. Tengo una novia en Francia que me mataría si se me atreviera a mirar a otra mujer. Sólo le estoy ofreciendo ayuda a una compatriota.

—No la necesito.

—Como tú digas. Tomaré el ferry de las diez en punto. Mientras tanto, aléjate de los callejones a oscuras, ¿de acuerdo? En Francia también hay muchos.

—Lo haré.

Casi había esperado que siguiera discutiendo, pero él se alejó por la calle desierta, con las manos en los bolsillos y una actitud de despreocupación total.

Isobel observó cómo se marchaba. Todo le pare-

cía tan irreal, que cuanto antes se metiera en la ducha y se acostara, antes podría olvidarlo. A las diez de la mañana él estaría de camino a Francia y ella no volvería a verlo.

A las diez en punto del día siguiente estaba sentada a su lado en el viejo Citroën naranja, entrando en el ferry y preguntándose si había perdido el juicio.

Era una debilidad que Killian no podía permitirse. Había estado de paso en Plymouth, intentando buscar una buena tapadera para llegar hasta Francia y completar su misión, y el ruido que oyó en el callejón no era asunto suyo. Hacía tiempo que había aceptado que no podía salvar al mundo.

Pero algo, posiblemente la maldita suerte que siempre lo acompañaba, lo había hecho girarse y volver al callejón, a tiempo para impedir que unas ratas de cloaca violaran a alguna estúpida turista.

Había abierto fuego una vez. Podría haberse deshecho de ellos sin necesidad de usar el arma, pero la odiosa imagen de aquellos niñatos le irritó tanto que disparó un tiro al aire. Todos habían salido corriendo, incluido el que le había plantado cara, y se irritó aún más por no haberlo matado. Luego, centró su atención en la mujer.

Adoptando su mejor cortesía americana, le había tendido una mano para levantarla. Era muy ligera y parecía un poco trastornada. Tan sólo una mujer idiota que se había equivocado de lugar y de hora.

También era muy bonita, aunque él no estaba de humor para fijarse en esos detalles. Tenía una melena rojiza de rizos alborotados, y a él nunca le habían gustado las pelirrojas. A la luz de la luna pudo ver

que tenía unos ojos increíblemente azules, casi turquesas, y la clase de boca que haría perder la cabeza a la mayoría de los hombres.

Pero a él no. Tal vez interpretar el papel de sir Galahad no había sido una tontería, después de todo. Ella podía ofrecerle la tapadera perfecta. Nadie estaría buscando a una pareja de estudiantes americanos de camino a Francia.

Había dicho todo lo necesario, y ella se lo había creído a pies juntillas. No podía culparla por ser tan ingenua; casi nadie podía ver al lobo que acechaba bajo su aspecto de cordero.

No iba a ser capaz de seguir el camino fácil y acostarse con ella. La mejor manera de conseguir que una mujer hiciera lo que uno quería era mediante el sexo, pero Mary Isobel Curwen había estado a punto de ser violada. Pasaría un tiempo hasta que quisiera intimar con un hombre. Además, el sexo volvía posesivas a las mujeres, o al menos, curiosas. Y la curiosidad era un estorbo indeseable en su trabajo.

Pero una amistad platónica y segura era otro asunto, y ella lo aceptó sin dudarlo. Fue coser y cantar. Sólo necesitó mostrarle la dosis adecuada de encanto asexual y de promesas reconfortantes para tenerla sentada a su lado, en un coche abollado que ocultaba un motor capaz de superar al mejor Ferrari.

El mar estaba encrespado y el viento soplaba con fuerza, pero su compañera demostró tener un estómago a prueba de marejadas y permaneció en cubierta, con sus cabellos de fuego azotados por el aire y un brillo de vitalidad en sus ojos azules. Otro punto a su favor... No se asustaba fácilmente, ni por travesías borrascosas ni por pandas de violadores. Siempre que se mantuviera dócil, todo iría bien.

Pero no era la compañera perfecta, ni mucho menos. Si Killian hubiera podido elegir, habría escogido a alguien más discreta; alguien con el pelo oscuro, menos complicada, que aceptara una relación sexual sin más compromiso. A Killian le gustaba el sexo, pero nunca permitiría que se inmiscuyera en su trabajo, y alguien como Mary Curwen exigiría algo más que una rápida aventura. Se involucraría emocionalmente y pondría en riesgo toda la misión.

Habría sido mucho mejor si no fuera tan lista. Aquél fue el primer error... pensar que una estudiante de cocina sería una amenaza menor que alguien que estudiara en la Sorbona. Sólo porque hubiera cometido la imprudencia de pasear sola de noche no significaba que no tuviera una mente aguda. Killian tendría que andarse con cuidado.

Pensar que sería fácil resistirse a la tentación fue el segundo error. Y no estaba seguro de cuál de los dos era peor.

Pero Killian era un hombre que aceptaba todo lo que se le ofrecía y le sacaba el mayor partido. Mary Isobel Curwen, estudiante americana, había caído inesperadamente en sus brazos y él estaba dispuesto a aprovecharse todo lo que pudiera.

Faltaban dos semanas hasta su cita en Marsella. Dos semanas para recorrer Francia y ofrecer una imagen inocente ante cualquiera que lo estuviese buscando. Sin duda eran muchos los que querían eliminarlo antes de que pudiera llevar a cabo su misión.

Siempre trabajaba solo... nadie sospecharía que lo acompañaba una mujer.

Dos semanas para mantener su identidad y su misión en secreto ante una mujer desafortunadamente

sagaz, y sin poder recurrir al sexo para distraerla. Dos semanas que iban a ser muy, muy largas.

Pero al final merecería la pena. Acudiría a su cita, completaría su misión y luego desaparecería, y ella nunca sabría que su encantador amigo americano acababa de asesinar al general Etienne Matanga, la mayor esperanza para alcanzar la paz en una pequeña nación africana.

Isobel nunca pudo explicarse por qué se levantó temprano aquella mañana, metió sus ropas y libros en la mochila y se dirigió rápidamente hacia el ferry. No le costó encontrar el Citroën y a Killian apoyado en el coche, esperando algo. Esperándola a ella. Levantó la mirada cuando ella se acercó y se limitó a abrir la puerta trasera para que metiera la mochila.

—Tengo un termo de café —dijo como único saludo—. Café solo, caliente, puro como los ángeles y dulce como el amor.

—No me gusta el azúcar —respondió ella.

Él se encogió de hombros.

—Bueno, si vamos a viajar juntos tendremos que llegar a un acuerdo. Aunque en realidad no tiene mucha azúcar.

—¿No habías dicho «dulce como el amor»?

—El amor puede ser agridulce, ¿no crees?

Ella abrió el termo y se sirvió un poco en el tapón para probarlo.

—No creo en el amor de ninguna manera —dijo. El café era bueno, y sólo estaba ligeramente azucarado—. ¿Y quién ha dicho que vayamos a viajar juntos?

—Eso depende de ti. Tengo dos semanas hasta

que empiecen las clases. Mi novia está en Berlín en una sesión de fotos y yo voy a recorrer en coche el sur de Francia. A ti también te quedan algunas semanas de vacaciones, y podrías venir conmigo sin que hubiera ningún compromiso. Hasta puede que renuncie al azúcar en mi café si pagamos la gasolina a medias.

—¿Tu novia es fotógrafa?

—Modelo.

No había respuesta más convincente. Ningún hombre que tuviera a una modelo por novia podría tener motivos ocultos con una pelirroja como Mary Curwen. Y lo que decía era cierto. Ella tenía tres semanas más hasta ocupar el apartamento económico que la estaba esperando, y la diversión de viajar sola se había desvanecido la noche anterior en el callejón.

—Qué suerte tienes —murmuró.

Él se echó a reír.

—Eh, ¿y ella no tiene suerte?

Tenía razón, pensó ella. Ahora que podía verlo a la luz del día tenía que reconocer que era muy atractivo. Más que atractivo. Medía más de metro ochenta, con unas piernas largas enfundadas en unos vaqueros desgastados, un rostro alargado con ojos verdes y brillantes... Y estaba comprometido.

—Qué suerte para ella también —corroboró con una sonrisa—. Le darás hijos muy guapos.

—Eso si alguna vez consigo convencerla para que eche a perder su figura —dijo él con un gruñido—. ¿Tienes tu pasaporte a mano?

—Pues claro.

—Dámelo a mí. Será más rápido si ven que estamos viajando juntos.

No había ninguna razón para que aquella petición

le disgustara, pero aun así le resultó molesta. Sin embargo, le tendió el pasaporte azul marino y él le respondió con una cálida sonrisa.

No había nada que temer, se dijo a sí misma. Era un americano que buscaba compañía y alguien que compartiera los gastos de la gasolina, y ella no tenía nada más que hacer para las próximas semanas.

Así que le devolvió la sonrisa.

—Muy práctico —dijo mientras él se guardaba su pasaporte en el bolsillo, y tomó otro sorbo del café, acallando sus dudas.

Acababa de cometer el peor error de su vida.

3

Ahora

El sol de Marruecos era un cambio abrasador tras abandonar los cielos oscuros y lluviosos del invierno londinense. Isobel conducía velozmente por la carretera llena de baches. Tenía un buen sentido de la orientación, algo que le había salvado la vida en numerosas ocasiones, y sabía que llegaría a su destino al anochecer. Intentaba ignorar el hecho de que no quería llegar; no estaba lista para enfrentarse a lo que la aguardaba en una diminuta aldea norteafricana a la entrada del desierto.

Al menos él no tenía la menor idea de quién era Isobel Lambert. Isobel no sabía cómo había sobrevivido Killian aquella noche, pero así había sido, por lo que él también debía de pensar que ella había muerto. Habría olvidado todo sobre la joven ingenua a la que había usado e intentado matar, a pesar de que hubiera sido ella la que acabara disparándole. Y

nunca podría relacionar a Isobel Lambert con la chica alocada con la que había pasado dos semanas. Se había convertido en una mujer fría, elegante y desalmada, después de haber sofocado sus deseos y emociones a lo largo de los años. Tras la conmoción inicial que le supuso reconocerlo, podía contemplar su misión con ecuanimidad. Josef Serafín quedaría fuera de juego y el mundo sería un lugar más seguro sin él.

El sol la azotaba sin piedad en el vehículo descubierto, pero aquel Jeep era el medio más rápido que había podido encontrar, y ni siquiera un carro blindado podría protegerlos a ella y Serafín si alguien conseguía seguir su rastro.

Los neumáticos levantaban una nube de polvo a su paso, pero en el trayecto de siete horas desde Agadir sólo había visto a unos cuantos pastores de ovejas y algunos campamentos nómadas. Existía la posibilidad de que la estuvieran siguiendo por satélite, pero no podía hacer nada para evitarlo. Killian... Serafín... estaba escondido en una aldea desierta en la frontera con Argelia, y había tantos problemas en la región que Isobel confiaba en que pudieran escabullirse sin llamar la atención. Nunca se lanzaba a una misión sin estar convencida de su viabilidad. Sacaría a Josef Serafín de Marruecos y lo llevaría a Londres sano y salvo, sin importar cuántas personas quisieran volarle la cabeza... incluida ella.

El sol empezaba a ocultarse cuando llegó a los arrabales de la aldea de Nazir. Un escalofrío le recorrió la piel. El tórrido calor del día dejaba paso al gélido frío nocturno.

Por el aspecto de la aldea, parecía que llevaba deshabitada durante décadas. Las puertas estaban ce-

rradas, con desconchones en la pintura azul; las calles polvorientas y desiertas... Por un momento se preguntó si se había equivocado de lugar. ¿Habrían fallado sus informadores? ¿Sería una trampa?

No, no era una trampa. Su instinto le decía que Killian era lo peor que la esperaba en la aldea abandonada. Aunque no estaba segura de que pudiera haber una amenaza mayor.

Apartó el Jeep junto a las ruinas de una vieja mezcquita y se bajó para estirar las piernas, dando la imagen de una turista extraviada por si acaso se tropezaba con alguien nativo desconfiado.

Pensó que debería haber ido disfrazada, de alguien más joven o atolondrada, de modo que la historia de haberse perdido de camino a Mauritania resultara más creíble. Pero una joven excéntrica y alocada se parecía demasiado a la mujer que Killian había conocido. Él no podría reconocerla, pero ella lo sabría y se sentiría vulnerable.

Echó a andar por la calle desierta. Llevaba un cuchillo en el tobillo, una pistola en el trasero y contaba además con su habilidad para matar rápida y silenciosamente con sus propias manos. Nadie la tocaría ni...

— ¡Eh, señora!

La voz infantil surgió de ninguna parte, e Isobel dio un respingo como un gato asustado. Se quedó tan asombrada por la repentina aparición del niño que ni siquiera sacó su pistola. Afortunadamente... ya que para cualquier observador oculto ella no era más que una turista ingenua que estaba en el lugar equivocado en el momento equivocado.

— Señora — dijo el niño. Iba vestido con harapos y no debía de tener más de seis años, pero sus ojos eran los de un anciano—. Venga, señora.

—¿Adónde? —preguntó ella, viendo el arma que portaba el chiquillo. Un viejo AK-47 ruso. No era la primera vez que se encontraba con niños soldados, pero siempre le desconcertaba ver un arma tan pesada en unas manos tan pequeñas.

—Venga, señora —volvió a ordenarle el niño, haciendo uso de todo el inglés que parecía saber.

Ella se tocó la pistola que llevaba oculta en la cintura, sólo para recordarse a sí misma que la seguía teniendo, y siguió a la minúscula figura por las calles desiertas. Killian debería pagar mejor a sus mercenarios, pensó. Aquel chiquillo sólo era piel y huesos, y si se mantenía en pie era por la porquería que lo cubría de pies a cabeza.

Pasaron junto a varias construcciones derruidas, algunas sin tejado y con la pintura azul de las puertas reseca por el ardiente sol del desierto. Isobel había oído en alguna parte que el azul repelía a los mosquitos. Por suerte, no parecía haber mosquitos por allí. Odiaba a los bichos de todas clases. Era una de las muchas razones por las que vivía en Inglaterra.

El sol era un disco anaranjado en el horizonte, y al este empezaban a verse las estrellas. Había dejado su linterna en el coche... Seguramente no había sido buena idea, pero había querido tener las dos manos libres, aunque aún no sabía para qué.

El niño se detuvo junto a una de las casas mayores. No tenía ventanas en las paredes exteriores, por lo que seguramente contaba con un patio interior. La puerta colgaba de una bisagra y todo estaba en silencio.

—Entre, señora —dijo el chico, apuntándola con el arma.

Isobel lo miró unos momentos e hizo lo único que podía hacer. Entró en la casa.